



Círculo Rojo

LAS LÁGRIMAS QUE ESCONDE EL MAR

De la Galicia rural
a la América de las promesas

LAS LÁGRIMAS QUE ESCONDE EL MAR

De la Galicia rural
a la América de las promesas

Una obra de
JUAN MANUEL LÓPEZ



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2017

Depósito legal: AL 699-2017

ISBN: 978-84-9160-677-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan Manuel López López

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Juan Manuel López López

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Si uno pudiera hablar con el mar, si tuviera aquel privilegio utópico, le preguntaría sobre el sufrimiento que existió en aquellos barcos repletos de emigrantes que salieron de Europa y fueron hacia América para hallar ese supuesto “mundo mejor”. Intentaría averiguar cuánto dolor acumularon esas personas que dejaron a su familia y a su tierra para encontrar la opción de vivir. Buscaría saber cuántos llantos hubo en ese viaje que pudo durar 15, 20 ó 25 días, cruzando el enorme océano Atlántico con una maleta de cartón. Pero claro: lo imposible, a veces, es imposible. El mar seguirá escondiendo, receloso, la mayoría de las lágrimas.

*A mis cuatro abuelos gallegos que coincidieron en el nombre y en el
oficio de esconder lágrimas en el mar.*

*A mi padre y a mi madre, otra gallega que cruzó el océano “llori-
queando”, como revelan las cartas.*

A mis hermanos.

A la familia de Miki Roqué.

A Sergio Torres, el Paísa.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO

1

El barco espera con el propósito de prolongar una agonía, y ese debe ser uno de los principales errores. El capitán, con su coqueto traje, un semblante seductor y una gorra que en principio sólo sirve para indicar respeto, es consecuente con el manual de instrucciones heredado, pero sus medidas dejaron de tener relevancia en un destino que se observa entristecido. Las órdenes de ese desconocido jefe corpulento, por más que se sostengan con el argumento más férreo, no actúan como consuelo para los que se van o los que se quedan. Tampoco permiten ganar un tiempo, debido a que sólo se estira uno que ya se presenta fracturado, aduciendo que se trabaja con normalidad. Dicen por estos sitios que un tiempo estirado suele ser como un tiempo falso. Casi nulo. A veces, hasta cruel o ridículo.

Esas enormes naves ancladas y flotantes tienen un concepto perverso que no se supo modificar a lo largo de los siglos. Tal vez, nunca lo pretendieron alterar. No son como los trenes que se escapan veloces para reducir distintas especulaciones: los barcos deben demorar más de lo comprensible e irse luego despacio, arañando la marea, sólo para ser cómplices de un sufrimiento, para recoger la mayor cantidad de llantos posibles y obsequiárselos al

mar, donde parecen esconderse mejor porque agua contra agua no crea evidencias. Es un ritual temerario que se repite en estos últimos años que sangran con y sin sangre.

El barco, en este enero, es el Ascania, ese es su nombre, así figura en los papeles que sirven para recordar lo que la memoria buscará borrar. Es un trasatlántico que ya está acostumbrado a ver cómo se desarraigan los seres humanos. No es la primera vez que parte de A Coruña y se supone que tampoco será la última porque miles de gallegos continúan decidiendo dejar su tierra por otra plagada de promesas.

En la cubierta de proa, observando cada rostro, cada gesto, cada angustia, se encuentra Purificación. Está con su pelo corto y enrulado, su nariz hecha en miniatura, como si fuera una muñeca, lleva sus únicos zapatos, que parecen siempre nuevos, debido a su vigoroso cuidado, tiene un vestido cosido en los últimos días por su cuñada Carmen, y ostentaba hasta hace poco una maleta grande que, de manera tímida, fue acomodada enseguida en su camarote para salir devuelta a la luz del día y no perderse el medroso espectáculo.

Ella mira desde arriba, de pie, prestando atención a los detalles minúsculos con un interés repentino que no sospechaba tener antes de subirse a la embarcación. Es incapaz de reflexionar y se coloca de puntillas como si ese simple movimiento esclareciera su intriga. Mira esas manos agitadas, con forma de saludo, que se mueven a veces más rápidas y otras veces más lentas, y mira, sobre todo, esos ojos rojos que no saben cómo detener o tapar la producción de lágrimas que, a la postre, son contagiosas.

Purificación no llora, al menos no llora para fuera, para un exterior, pero por dentro deduce que algo se está desgarrando. Cree que no le enseñaron a llorar, pero eso no quita que le hayan ense-

ñado a sufrir. Su interior se mueve para cualquier sitio incorrecto con el fin de entorpecer el arribo de algún alivio. Parece tener agujas internas que pinchan y cosen malestares, como si se hilvanaran nuevas enfermedades a cada minuto. A su lado, bien cerca, está José, su marido, compañero de esta aventura, compañero de esta vida y de una próxima que sueña. A pesar de la confianza, ellos no se hablan ni se observan en ese primer instante del viaje. Figuran como dos extraños vergonzosos y se mantienen reticentes ante un panorama primerizo para sus cronologías. Hay una razón evidente que los conmueve: los dos, ya con sus cuerpos firmes en el Ascania, en ese puerto de A Coruña, presencian una especie de funeral, y eso les frena las palabras, los movimientos y las intenciones. El panorama los mantiene absortos como a varios de sus paisanos y no llegan a distinguir lo que está bien de lo que está mal.

El embarque es silencioso y, sin saber por qué, está durando más de lo esperado. Purificación y José, manteniendo la misma colocación como si fueran espejos, respirando estupefactos, escuchan la frase de una voz anónima, ronca y resignada que intenta dar algún tipo de información ante un universo de desconciertos: “carajo, esto se vive todos los meses”. Es un funeral sin muertos. Eso es lo más extraño, lo que no se termina de explicar con un relato. Purificación y José no se giran para ver quién está hablando. Siguen callados porque para ellos no importa si pasa todos los meses o seguirá pasando todos los años. Ellos no pueden escapar-se del segundo que están viviendo: están apretados contra el presente, oprimidos por una puesta en escena y hasta por su propia realidad que tiende a ser asfixiante. No pueden aceptar esos retratos penosos que recogen sus pupilas cada vez más empañadas, las mismas pupilas que sin darse cuenta, de una forma intermitente, van perdiendo la batalla contra el disimulo.

Rendidos e inmóviles, intentando hallar una compasión que no existe, Purificación y José deciden mantener sus cabezas orien-

tadas hacia el muelle, persuadidos, viendo cómo se mueven las manos, las boinas y los pañuelos, cómo lloran esas señoras y esos señores que lucen canas, que se mantienen estoicamente de pie, y que despiden a sus hijos o a sus nietos, sabiendo que en la mayoría de los casos es un último adiós.

“Y esas mujeres jóvenes, por Dios— empieza a pensar Purificación sin emitir sonido, tratando de reservarse algunas de sus sensaciones y sin lograr apartar la vista de una imagen que le parece escalofriante—. Son mujeres que deben tener mi edad, un poco más o un poco menos. Serán dentro de poco las viudas de hombres vivos. No, ya no tengo que especular más. Es en vano. Hice bien en subirme. No quiero que me pase como a mis hermanas. Ellas siguen esperando a sus maridos. Y lo peor de esa espera es que no se les permite rehacer sus vidas. ¿Cómo pueden rehacerla? Para rehacer una vida hay que estar vivo. Y ellas no sé si lo están. Viven un duelo eterno, que en principio parecía un duelo menor, pero terminó siendo mayor. Eso es peor que ser viuda. Al menos, la viuda verdadera, sobre todo las jóvenes, pueden volver a empezar. Las viudas de hombres vivos tienen las puertas cerradas. Alicia y Amelia tienen las puertas muy atrancadas por esta puta incertidumbre. Se les niega un derecho más, como si sobraran en este país. Ni otros hombres se acercan a esta clase de viudas. Claro, ¿cómo se van a acercar? No se acercan por respeto, por el qué dirán o por si los señores vuelven de sorpresa desde América...”

CAPÍTULO

2

La emigración gallega, sobre todo desde fines del siglo XIX, estaba siendo una terrible hemorragia que nadie sabía cómo detener. Los exilios se originaban por derrotas: el hambre que duele en la panza y en el orgullo, el devastador trabajo del gallego campesino, la escasa recompensa para los labradores que no conocían el descanso, la guerra civil, la miseria posguerra, los perseguidos por una ideología, las pesetas que no se veían ni con las mejores gafas, las promesas de una vida mejor en un supuesto nuevo continente... Motivos y excusas para reinventarse. Motivaciones para entender que otro mundo mejor se encontraba a un océano de distancia.

No estaba tan lejos, desde ese punto de vista: era un mar, después de todo. Había que navegar 14, 15, 20 ó 25 días y se acabó. No debía ser tan complicado. No había que temer demasiado si uno se podía encontrar después con un paraíso. Es que América, según informaban en las aldeas, era el paraíso, el remedio para los padecimientos y el antídoto para las calumnias. Allí parecía no haber una distancia tan colosal entre una fantasía y una realidad. A los oídos de Purificación y de José había llegado también esa frase de “un tal Castelao”, como lo llamaba ella, una frase que

definía muy bien a este movimiento gigantesco: “El gallego no protesta, emigra”.

Todo, sin embargo, cambiaba de matiz cuando de la cómoda etapa de la creencia se pasaba a la más incómoda etapa de la vivencia, esperando que florezca luego la etapa del aprendizaje, última en la cadena, la que se encarga de procesar mejor cualquier tipo de dolor. En el medio, sin contemplaciones, parecía haber un manoseo excesivo. La transición era drástica sin enmiendas visibles: con algunas irritaciones, se creaban las no tan bienvenidas dudas...

CAPÍTULO

3

—¿Estaremos haciendo bien?— le pregunta Purificación a José, casi musitando, abriendo por primera vez la boca en esa cubierta de proa, mientras el Ascania sigue detenido.

—Ya está, Pura— susurra él con un casi idéntico tono de voz, quizá más conciliador, suplicando que la conversación no se prolongue.

—Esto es un funeral, Pepe. Allí abajo hay muertos que se están moviendo. Muertos para mí, porque no los volveré a ver. Y ellos, seguro, nos ven muertos a nosotros porque saben que no volveremos. No paran de llorar. Mira bien a ese padre. ¿Qué pensará? Está despidiendo a su hijo, sabiendo que lo más probable es que nunca se reencuentre con él. ¿Qué le estará diciendo? “Te veo en otra vida, te quiero mucho”. Nada puede alcanzar. Es como gastar saliva en vano. Son voces inservibles. Mira ahora a esa madre. Misma situación. ¿Qué consuelo podrá tener? La están separando de lo que más debe querer. En breve, ella marchará hacia su casa con un vacío inmenso y no encontrará alivio en cuatro paredes de piedra. Nunca vi llorar tanto a las personas. No sabía que se podía llorar tanto.

—Sí...

—¿Sí, qué?— le reprocha Purificación, algo molesta por el aparente escaso interés de su marido.

—Que comparto lo que dices— vuelve a responder José, con la menor cantidad de palabras posibles, manteniendo la intención de finalizar el diálogo.

—¿Sólo eso?

—Sí, Pura, sólo eso. No tengo mucho más para decir.

—Pensé que tenías algún aliento para ofrecermelo— insiste ella, mientras las manos, los pañuelos y las boinas continúan agitándose sin pausas, demostrando una resistencia artificial.

—No, no lo tengo.

—Nunca lo tienes, parece.

—¿Qué quieres que te diga?— José, al comprender que su estrategia había fracasado, busca confeccionar súbitamente una respuesta más convincente—. Yo no soy un orador exitoso. Yo no inventé este mundo injusto. Yo no inventé la miseria, la guerra o esta mierda que llaman posguerra. No creé el franquismo, no fundé la República, no conocí a Hitler. Tampoco construí este barco ni obligué a embarcar a toda esta gente.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que soy víctima como tú. Somos víctimas de las injusticias. Yo soy un labrador, Pura, ¿o te olvidas?

—Claro que no me olvido, hombre.

—Pues parece que sí. Toda mi vida fui un labrador, menos en esa puta guerra, que me dediqué a esquivar balas de un lado y del otro. Lo único que sé hacer es trabajar 24 horas en el campo. Sólo eso aprendí, sólo eso me enseñaron. Esos llantos no son culpa mía.

—Pero joder, Pepe, eso no te excede de responsabilidades. No sé hasta qué punto somos inocentes.

—Pura, por Dios. Mírame bien. Tengo casi 40 años. Dentro de poco cumpliré 40. Ya estuve muerto varias veces. ¿No lo notas? Esto no es nuevo. Es la misma historia, con otros protagonistas, por los siglos de los siglos.

—No hables así. Tú no estás y no estuviste muerto. No exageres.

—No exagero. Es lo que hay. ¿Qué vas a hacer? Uno puede estar vivo, pero no enterarse. Así me siento. Creo que conviví todos estos años con la muerte. Y sigo conviviendo, ahora con menos sangre. ¿Tanto molesta eso? Ahora pretendo vivir una vez o tener la oportunidad de vivir una vez. Y quiero, más que nada, que nuestros hijos no mueran tantas veces como yo. Por eso estoy aquí arriba, otra vez muerto, sí, bien muerto, aunque esta vez me estoy matando para ver si puedo conocer, de una puta vez, lo que es la vida.

CAPÍTULO

4

José se explayaba cada vez que lo consideraba muy necesario. En general, hablaba tan poco que parecía ser de esos gallegos serios, cerrados con más de un candado, inexpresivos, dando una sensación de “da todo lo mismo”. Los que lo conocían sabían que no era esa su verdadera personalidad. José dialogaba lo justo porque prefería escuchar. Esa razón esgrimía cuando le daban vía libre para poder explicar su seriedad, antes de afirmar que no era un ermitaño o algo parecido. Él elegía prestar atención en silencio, sin interrumpir, sin tapar una historia con otra similar y personal. Decía que escuchar era un poder que muy pocos aprovechaban o sabían utilizar, y se comportaba así desde que era casi un adolescente: un ejercicio predeterminado que fue forjando con esfuerzo y no por un carácter natural. En una conversación con su amigo Jaime, en mayo de 1940, lograría resumir por primera vez una parte de su pensamiento.

—Soy de los que creen, y más aún después de la estúpida guerra que acaba de terminar, que todos los seres humanos guardamos grandes historias para contar— le empezó diciendo tras pegar un enorme salto desde el árbol que habían seleccionado para descansar, arremangándose luego la camisa, como cualquiera que

está a punto de realizar una gran tarea—. Son pequeños tesoros que te puedes hallar en cualquier sitio. Eso es magnífico, ¿no crees? El grave problema que tenemos es que no nos gusta tanto escucharnos. Y así terminamos todos perdiendo. Tú dices tu verdad, yo digo la mía. Tú cuentas tu historia, que ya la sabes; yo no te escucho y sólo espero un hueco para contarte la mía, que ya la sé también. Tú tampoco me escuchas o sólo simulas hacerlo, pero la verdad es que estás esperando que aparezca el mismo hueco para volver a contar otra de tus experiencias. Y así hasta el final o hasta el próximo día. Nos tapamos mutuamente, fingimos que nos estamos escuchando y listo. Una linda falsedad aceptada socialmente. Algo que se hizo tan cotidiano que ya nadie observa. Nadie se da cuenta que todos nos tapamos todo el tiempo, que sólo nos interesa nuestro turno para narrar cualquier tontería. Haz la prueba con tu entorno. Te darás cuenta que es así. Tú me dices que estuviste combatiendo en Vigo, y te respondo, casi sin permitirte terminar, “y yo combatí en Ourense”, en una clara demostración de que me importa varios carajos lo que me estás relatando; sólo me diste el pie para empezar mi anécdota. Nunca llegaremos así a un crecimiento colectivo, pero eso parece no tener importancia. Total, la vida es una mierda y estamos condenados a agachar la cabeza. Nunca nos entenderemos, ¿sabes? Y es más, si somos tan estúpidos, cogeremos un fusil y definiremos verdades a través de los tiros.

Jaime, tras escucharlo atentamente, se quedó con la boca abierta, que ya de por sí estaba sedienta debido al calor, se palpó el pecho, como si el corazón estuviera latiendo más rápido, y sólo atinó a armar una oración cuando concibió que el mutismo estaba siendo más espaciado que de costumbre. No se llevaba muy bien con el poco ruido.

—Joder, Pepe. Qué quieres que te diga. No esperaba semejante sermón. Parece cierto lo que cuentas. No lo había observado de esa manera. Puedes tener razón.

—¿Ves? Eso tampoco me gusta. No quiero tener razón.

—Hostia, macho— gruñó Jaime, frunciendo ahora sus cejas—. Te estoy diciendo que estoy de acuerdo contigo y te colocas en mi contra. No te entiendo.

José dio un giro, dejó de mirar las *xestas* que lo tenían un poco obnubilado y fijó su mirada en los ojos de su amigo.

—Ya, déjalo así.

—No, Pepe. Explícate ahora.

—Cosas mías— adujo, acomodándose el pelo con su mano derecha, no por estar despeinado, ya que en su aspecto era notable cierta dejadez, sino por un acto reflejo o un acto nervioso, que vendría a ser casi lo mismo.

—Vamos, Pepe...

—Es que no me gusta esa expresión, la de “tienes razón”. Yo tengo la mía, claro, aunque me gustaría que haya miles de razones, millones, tantas como seres humanos.

—Pero eso es casi imposible— dijo Jaime, alzando sus hombros.

—Bueno, ese “casi” me da esperanzas.

—O directamente es imposible, Pepe. Imagina si hablamos de política. Mira lo que pasó durante estos años. Había dos razones, dos maneras de ver la vida, y nos terminamos matando entre todos. Imagina lo que podría pasar con miles de razones o millones de razones.

—Sí, lo sé. Una puta mierda. Pero también me da miedo que haya una sola. Me parece muy peligroso. Nos quieren hacer creer ahora que hay una única verdad. Y lo peor es que nadie te la explica: te la cargan, directamente. Es un “esto es así porque es así”. Y nosotros ya no hacemos el pequeño esfuerzo de preguntarnos “por qué debe ser así”. Aunque sea una pregunta individual, sin exponerla en público.

—A mí no me cargan nada, Pepe.

—Sí, a ti, a mí, a todos. Son los que están muy arriba. ¿Por qué piensas que existe el hambre?

—No lo sé...

—Pues porque existen hijos de puta, coño— gritó José—. Mientras tú y yo venimos a coger los *toxos*, como dos infelices, hay otros que se encargan de cómo hacer mierda al ser humano, de cómo empobrecer a millones y millones para enriquecer sólo a cientos. Y entonces escriben verdades para difundir, para meterlas en nuestras cabezas y recibirlas nosotros gustosos. Eso sí que es un peligro. ¿A ti te parece normal? Pues a mí me parece una gran mierda porque ahí es donde se forma “la verdad”— José movió rápido sus dedos para resaltar las comillas—. Y esa “verdad” que queda es la que se define primero por la fuerza o por los tiros o es la que se le ocurrió a un dictador, o la que compró un rico, o la que pensó un republicano cerrado en su propio interés, o la que imaginó un monarca que se calienta el culo en una silla, o la que pretende un cura o un sacristán, que habla en nombre del cura, que al mismo tiempo habla en nombre de Dios.

—¿Y tú qué propones?

—Yo no propongo un carajo. En principio, sólo quiero que nos escuchemos y que no me impongan las cosas ni las verdades— respondió José, ya más sereno, pese a no demostrarlo.

—¿La anarquía?

—Joder, Jaime. Ni sé lo que significa esa palabra. ¿Cómo voy a ser un anarquista?

—¿El comunismo?

—Basta de definirme, por Dios. Rechazo cualquier etiqueta y hasta cualquier palabra que termine en “ismo”.

—Pero, vamos a ver... Es que hay veces que te sigo sin entender, hombre. Eres más raro que un lobo volando. Eres la contradicción en persona. Si digo algo, estás en contra. Si afirmo lo que acabas de decir, si te doy la razón, cambias el discurso para volver a estar en contra mío. Si te pido una mejor opción, no la tienes... Hablas como un anarquista, pero no eres anarquista.

—Ya...

—Estás loco— Jaime fue el que gritó esta vez, resignando por completo su perfil taciturno—. Muy loco.

—Ya... Lo sé. Qué me cuentas. Déjalo así.

CAPÍTULO

5

Fiel a una terquedad que podía herir en aisladas circunstancias, José mantenía un elevado porcentaje de humor, pero últimamente había reemplazado esa característica por otra más triste. El desánimo había modificado también su fisonomía, formándole arrugas que no deberían aparecer tan temprano. Así se lo podía ver en los días previos a llegar a ese puerto de Coruña, con una escala de valores confusa y con decisiones que renunciaban a ser correctas o incorrectas, ya que sólo se soportaban. Es verdad que al lado de Purificación, como un raro consuelo, sentía una coraza superior. Ellos irían solos a esa costa atlántica donde el viento congelaba mejillas y parecía ser más un castigo que una bendición. No habían querido ser acompañados porque —analizaron y coincidieron— el dolor hubiera sido más grande, y no sabían si estaban del todo preparados para la resistencia, a pesar de los gigantescos esfuerzos que evidenciaban para saltar los desiguales escollos. Por otra parte, en este punto, había una pregunta que nunca llegaron a responder: ¿quién sufrirá más: el que se va o el que se queda?

Las despedidas fueron en la aldea donde vivía la pareja, Fondoreses, que pertenece a la parroquia de Requeixo, en la provincia

de Lugo. Allí, también, habían quedado sus dos hijos, Francisco y Celia, de 11 y 9 años. Los dos niños se alojarían en la casa de Victorino, hermano de Purificación, y de Virginia, su esposa, casa localizada en Sobreira, otra aldea de la zona, más cerca de Chantada. En ese hogar, cálido y conocido, serían cuidados (Victorino, además, era el padrino de Celia). Si todo salía bien, si la tierra americana era la prometida, los pequeños viajarían meses después hacia Venezuela para juntarse otra vez con sus padres y volver a ser una familia de cuatro, ya con un calor casi caribeño, sin hórreos, sin *pulpeiros*, sin gaitas, sin la Virgen del Faro, sin sachar patatas, sin subirse al árbol de cerezas, sin el río Miño, sin pasear vacas, sin desdicha.

El destino de Purificación y de Pepe era el cemento de la ciudad de Caracas, la capital del país sudamericano. En aquel rincón del mapa, sin saber todavía mucho de la nación que abriría las puertas, imaginaban vivir su presente y construir el futuro que en ese entonces sólo fraguaban en sueños breves. Contaban apenas con retazos de informaciones que fueron recolectando en los últimos meses de preparación. Si alcanzaban o escaseaban era otro debate que se habían prometido realizar alguna tarde bajo el sol, y que nunca pudieron llevar a cabo: la tertulia se había aplazado debido a los compromisos diarios.

Desde Venezuela, una vez acomodados y establecidos conforme a las leyes del país, reclamarían a sus hijos.